

# Aguijón

## LOS TIEMPOS DE CASTELAR

### De la formación de nuestros/as políticos/as

En tiempos de Castelar, Cánovas, y Sagasta, sabido es, que sólo una élite tenía acceso a la enseñanza, y sólo una superélite podía acceder a la Universidad, no digamos si el universitario/a era mujer, pues sólo me vienen a la cabeza las señoras Kent, Campoamor y Arenal. En aquellos tiempos, la prosodia y la oratoria eran asignaturas obligadas para los decimonónicos bachilleres de *otrora*. Hoy, y tras las fallidas pruebas de los acrónimos: «EGB», «BUP», «COU», y hasta ahora mismo, «ESO», parece que eso de escribir o invocar verbos como «impetrar» o «allegar», pueden sonar a alemán/chino a algunos/as. Esa es otra, pues ahora, y para proclamar la igualdad, en lugar de invocar el tantas veces inobservado art. 14 CE, por el contrario hay que añadir «*aes*» a todo trance y a todo término, pudiéndose caer en extravagantes errores y llegándose a transformar las palabras cotidianas en verdaderos descabros léxicos que algunos llaman «palabros». Todos recordaremos a los miembros y a las «miembras» a los que se dirigía igualitariamente, mas apedreando a la universal lengua de Cervantes, aquella última ministra. Cuando esto escribo, acaba de empezar la campaña electoral, es decir, una temporada de promesas que nos llevará a las urnas en unas semanas. Sin embargo, y a pesar del notorio cambio de color que las encuestan vaticinan, me temo que el cambio formativo, esa «mijita» de laca cultural, no llegará a presentarse entre nuestros políticos, que serán los mismos. Habría que volver a los tiempos de la prosodia y la oratoria, o por lo menos a las épocas de nuestra transición, pues entonces los descabros y los descerebrados solo eran otros, que sacaban los tanques por Valencia, pero desde luego, no así aquellos formados políticos que quedaron secuestrados en el hemiciclo, y que por supuesto, no eran miembros y «miembras» de nuestro Congreso. En aquellos, años de balbuceo democrático, los escaños eran ocupados por formadas personalidades como Pasionaria, Cela y Alberti, y baste leer las intervenciones de aquella humilde y asturiana Dolores en sus tiempos mozos de parlamentaria republicana para comprobar, que los diarios de aquellas Cortes del 31, y los de las más cercanas del 78 entonces, podían editarse directamente sin pasar por corrector alguno. Es lo que tiene escribir a mano o con la Olivetti; que las letras no se te marcan en rojo, y los acentos no se colocan automáticamente. Estoy convencido que todo esto es un problema de la modernidad, lo del machacar la lengua nos lo traen *facebook*s y *tweeters*, etc., que permiten al político *tweeteante* el escudarse cuando en sus mensajes las palabras aparecen mutiladas. Antes, la incultura de los años 30, sólo mutilaba imágenes religiosas. Es verdad que los tiempos cambian, y que es necesario, sin duda, alejarse de cultismos, latinajos y palabrejas que por desusadas, sólo dicen de quien las emplea, que es un carca, por no decir un trasnochado, decadente y por ende, hasta un descerebrado al que nadie comprende, pero no está de más ese poquito de laca «en general», y al menos verla brillar en quienes nos gobiernan o desgobernarán, y es que hace mucho que dejé de creer en los políticos, salvadas las excepciones. Bueno, también me sigo teniendo por un admirador de D. Antonio Cánovas del Castillo, ese malagueño de pro, que nacido en la arrabalera calle de Nuño Gómez, decía de nuestro Guadalmedina que *«había que regarlo por el verano para barrerlo»*, y que nos regaló un ensanche del parque, arrancándole piedras a Gibralfaro, y que, otra vez, por la incultura de un anarquista italiano, fue *«balaceado»* mientras leía la prensa en un balneario norteño. Y todo ello, dicho sea en términos de recuerdo y admiración para aquellos políticos e intelectuales como fueron D. Antonio, D<sup>a</sup>. Victoria, D. Práxedes, D<sup>a</sup>. Concepción y D<sup>a</sup>. Clara.